

Un filme víctima de los "hechos consumados"

"Hechos consumados", tercer filme nacional estrenado en el año, corresponde al primer largometraje que Luis Vera, chileno, realiza íntegramente en su patria. Es el traslado, con guión del propio realizador, de la obra más importante del dramaturgo nacional Juan Radrigán, la que definió su estilo, actitud ante el mundo y dio paso a una forma de teatro verista, serio y muy personal.

Los resultados son discretos si se mide el trabajo como otro filme llegado a las carteleras nacionales y como otro interesante esfuerzo de gente joven que busca expresarse a través del lenguaje de la pantalla y además, con miras

muy definidas, a un consumo de festivales y de cierto público extranjero. Conocemos la obra teatral y el producto de Luis Vera y su equipo. Nos quedamos, ampliamente, con la labor de taller realizada por Juan Radrigán.

GUIÓN Y AMBITO

Radrigán introdujo con la pareja de seres marginales puestos en una situación de "hechos consumados", un mundo distinto en el teatro y ámbito autoral chileno de este tiempo. Criaturas en las que albergan sentimientos nobles y reales como la camaradería, el espíritu de respeto al prójimo, la toma de decisiones y la posición pura de los que no entran en el juego consumista y

competitivo de la vida en cualquier punto del mundo. El tercer personaje, el cuidador, bordea la misma situación de marginalidad, pero es todavía un empleado puesto en una tarea coercitiva, con esposa y una situación material casi indigentes que él debe defender. Es, en estos mundos, entre estos personajes, en los que Radrigán hace florecer sentimientos puros, esperanza en el ser humano incontaminado y una escala de valores fuerte, sólida y menos manipulable.

Luis Vera es el autor del guión de "Hechos consumados" en versión fílmica. Hay varios matices distintos y éstos en obra tan original, distancian esta nueva realidad de la partida. Los protagonistas asumen cualidades tipo. El vagabundo es, por decisión, alguien que se alejó, como Diógenes, del mundo normal y se encierra en su posición. La mujer, Marta, es una encantadora y positiva representante de la clase baja chilena, y el cuidador, una víctima de cualquier tipo de totalitarismo. Los esquemas son casi pintoresquistas, con toques que evidencian clara influencia felliniana, alejado del espíritu real de la obra de Radrigán y del tema mismo.

Se inscribe en el cine verista, social, con énfasis en la miseria humana y descripción de tipos deformes, con insistencia evidente, pero sin conseguir la

altura de un Buñuel y menos, los principios de la primera época de Fellini. Se buscó crear un contrapunto entre el negro y progresivo pesimismo, misantropía y mudez del hombre con la actitud franca, alegre y positiva de la mujer. Hay una clara intención de simbolismo fácil en la procesión —escenas trabajadas en color— de gente del pueblo que sale de la urbe y la abandona, sin precisar hacia dónde ni tras qué horizontes. Por cierto, estas personas que gravitan sobre los personajes, abrieron su huida voluntaria como procesión religiosa popular.

El ámbito físico es el de perdidos andurriales de la ciudad que se perfila a lo lejos, cerca de un río, entre pedregales y soledad, pero con un trozo para que Marta plante su flor. En este sitio y dentro de un verismo intencionado, se apreciará la forma de vida más miserable aun del guardián y su mujer tuberculosa, de la orate vagabunda y de algún personaje introducido por el director, junto con la multitudinaria procesión del éxodo.

DIRECCION Y ELENCO

Luis Vera llega a Chile con una carrera cumplida en el exterior y con un filme que tendrá varios honores en diversos festivales, tal como sucede con otros frutos chilenos. Somos, en realidad, lo nuevo, lo distinto y, en alguna forma, los que estamos dando, a través de estos realizadores jóvenes, los pasos que otrora rindieran otros sudamericanos, hoy ya convertidos en profesionales del cine.

Aún dentro de sus estudios en el exterior y de este tipo de cine, su trabajo no logra sustraer al filme de instantes de evidente monotonía que el espectador resiente de modo tangible. La forma algo superficial en que se concibió la profundi-



Yolanda
MONTECINOS

dad de exploración en la naturaleza humana, planteada por Radrigán, resta al total este importante factor que es reemplazado por un tono de parábola intencionada con toques puntuales ideológicos y perecederos. Los ripios en la narrativa son bastante y aunque hay aciertos como el de la loca con sus tarros y su gravitación sobre Marta y su esperanza en la vida, lo usual es la mezcla simplista de lo realista con lo poético y algunas fallas de montaje, sonido y problemas de luz que ponen la tónica de algo realizado en plan de "esfuerzo nacional digno de estímulo por tratarse de hacer patria".

El elenco es excelente. Esto, referido a la obra cinematográfica. Pero en estilo, orientación y proyección, este buen equipo dis-

tancia aún más lo teatral original de lo fílmico. Loreto Valenzuela es una interesante actriz nacional, con los rasgos típicos de la verdadera mujer latina. Andrés Martorel, maestro en su materia, extrae de su rostro bellos esquinces e intencionados momentos. Pero ni ella y menos Nelson Brodt, actor de juego interior inferior al de su compañera de trabajo, dan el tipo de vagabundo creado por Radrigán. Si hacemos tantas alusiones a la obra teatral, es para significar que un análisis más sólido habría rescatado al filme del efecto negativo que ha tenido en el público-público, ése que va al cine no a apoyar esfuerzos, sino a ver películas y que es el que compone la taquilla real. José Soza es también otro valor teatral chileno probado. Cumple, en este caso, con la naturalidad y los instantes de angustia total que el rol posee, en tanto Myriam Palacios da pruebas de su innegable talento. Es el equipo de intérpretes el que sostiene algunos pasajes tratados de modo poco medular y los que, a pesar de una dirección más exterior y simplista que los espontáneos intérpretes de Radrigán, sostienen gran parte del filme.